

vindicar para la ilustre Monja avilesa, dote de tan poca importancia para muchos. Pero fuera de que urge refutar la opinión de críticos, malcontentos y antojadizos, para quienes es hurraño y fastidioso todo escrito que trate de virtudes cristianas (1), conviene adelantarse á los mismos y evidenciar, que calumnian á la insigne escritora, cuando nos la pintan como espíritu adusto y cerebro mal deprimido por el monjil que la cubría. ¡Santa Teresa adusta y ceñuda! ¿Habrán leído los que tal piensan, aquellas páginas rientes, que rebosan candor, alegría, paz, amor y gracia sin igual? Esta dote de la jovialidad está casi siempre reñida con la que acabamos de vindicar para la seráfica Doctora. Los escritores concisos son, por ley común, tan austeros en los pensamientos como sobrios en el lenguaje; al paso que los joviales y festivos acostumbran á ser por extremo superficiales. Sólo la pluma de los grandes talentos acierta á combinar estas dos cualidades, que mutuamente se repelen; y aunque Santa Teresa no tuviera, como escritora ascética, otros títulos á la inmortalidad que el haber triunfado en tan difícil empeño, bastará este para perpetuar con nuestros elogios su memoria en la posteridad de los siglos. Triunfó, sí, triunfó de esta dificultad, uniendo en amigable consorcio á estas dos bellas enemigas, que son la desesperación de todo literato, y fué concisa al mismo tiempo y jovial, tratando de materias, acerca de las cuales parece que no puede escribirse sino seca y estiradamente. No niego yo que la virtud es bella;

(1) Michelet.

afirmo, por el contrario, que su hermosura, para todo el que tenga ojos limpios con qué contemplarla, es fascinadora; y avanzando más, afirmo, por una parte, que nada hay bello al mismo tiempo é inmoral, y por otra, que yerran lastimosamente los espíritus secuaces de Calvino, para quienes el hombre no puede ser virtuoso sin vivir desabrido consigo mismo, y que hasta se atreven á hablar de desesperación en el espejo de toda santidad, en el Hijo de Dios vivo, cuando moría en un patíbulo, víctima del amor hacia los mismos que le crucificaban. Dios no es ningún cómitre que se complazca en esgrimir el látigo sobre sus criaturas, ni la virtud matrona ceñuda, destinada por Dios para ser verdugo del corazón humano. Así y todo, no puede negarse que el austero vestido con que esta beldad de ordinario se encubre, nada tiene de atractivo ni halagüeño, ¿Á quién lisonjea el maceramiento de la carne, la pobreza y el desasimiento de todo lo criado?

23. Mas ved aquí en qué está precisamente el genio de Santa Teresa. Con paso firme y sereno penetra delante de nosotros en la deliciosa mansión, donde la virtud se muestra tal cual es, y, encarándose con ella, nos dice entusiasmada: «Miradla: ahí la tenéis, hija del cielo, radiante de luz y de hermosura, cariñosa, apacible, graciosa y hasta jovial.» Y jovial se mostró también Santa Teresa al describirla, acomodando su pincel al retrato que trataba de esbozar. No con la jovialidad del novelista que se degrada pintando las infamias y abyección de seres envileci-

dos, que yo no puedo nombrar; ni con la sonrisa burlesca del cínico que se mofa de todo lo bueno; sino con la jovial alegría del alma recta, que se pasea sin impedimento por los verjeles de la virtud, libando en todas las flores el almíbar de la paz y del amor. ¡Ah! no necesitó Santa Teresa, para ser festiva en sus escritos, de los cínicos chistes de Luciano, ni de las nefandas lubricidades de Marcial, ni de las indecorosas alusiones de nuestro Quevedo, ni aun de las socarronas inconveniencias del asendereado escudero, que el genio de Cervantes inmortalizó. Su pluma, por otro estilo, tampoco fué bufona como la de Rabelais, ni incisa y punzante como la de La Bruyère, ni sardónica como la del mal llamado Filósofo de Ferney, ni fría y helada como la que trazó el carácter repulsivo de Mefistófeles; porque de nada de eso necesitó para fascinar el ánimo de sus lectores y subyugar su rebelde corazón. Bastóle dejar estampada en sus escritos, sin conceptos alambicados ni repulidas frases, la hermosura del alma virtuosa, es decir, de su propia alma, y dejarnos ver aquel conjunto maravilloso de todas las virtudes que más halagan al corazón humano: caridad, mansedumbre, gratitud y resignación. Bastóle levantar una punta del velo que encubría sus mismas dotes naturales, y dejarnos admirar aquella su imaginación vivaracha y bulliciosa como los pájaros que cantan en la enramada, aquel su entendimiento claro y sereno como el azul estrellado de los cielos en noche de primavera, aquel su corazón ingenuo y florido como prado esmaltado de rosas que riegan arroyos cristalinos.

24. Aquí convergen, como á su centro, todas las ideas más originales de su genio creador y todos los rasgos más característicos de su lenguaje; á hacer la virtud amable y hasta seductora, no desplicente y desabrida. Por eso ya desde la primera Morada, en que tanto inculca el ahondar en el conocimiento de la propia miseria, quiere que esto se haga *sin estrujar el ánimo*, como ella dice, sino ensanchándole con sentimientos generosos. Y á este fin manda que salgan fuera de sí de cuando en cuando, volando á considerar la grandeza y majestad de Dios; pues la humildad, añade, «es como la abeja que labra su miel en la »colmena, pero saliendo á sus tiempos para extraerla »de las flores que adornan el campo y la pradera (1). »En lo cual hay dos ganancias: la primera, que la »humildad es mayor; pues está claro que parece una »cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y al »contrario la negra cabe la blanca. La segunda, que »nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble »y más aparejado para todo bien» (2). ¿Puede hablarse más claro?

25. De esta misma raíz nacía en su espíritu aquella instintiva repulsión que sentía á los caracteres melancólicos, la cual hizo á su pluma escribir palabras tan duras, que yo no recuerdo haberlas leído semejantes en sus escritos. «Torno á decir, exclama en el libro »de las *Fundaciones*, como quien ha visto y tratado

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 2.^a, cap. II.

»muchas personas de este mal, que no hay otro re-
 »medio para él si no es sujetarlas por todas las vías
 »y maneras que pudieren. Si no bastasen palabras,
 »sean castigos; si no bastasen pequeños, sean gran-
 »des; si no bastase un mes de tenerlas encarceladas,
 »sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus
 »almas» (1). Ved en estas palabras la ingénita anti-
 »patía que experimentaba hacia los espíritus descon-
 »tentadizos y atrabiliarios. Las virtudes, por el con-
 »trario, que más cuadraban á su natural blando y
 »amoroso, eran aquellas cuyo atractivo conquista
 »fácilmente el corazón de las personas con quienes se
 »conversa. Así, hablando de sí misma, dice en la *Vida*:
 »«En esto de dar contento á otros *he tenido extremo*.
 »aunque á mí me hiciese pena; tanto que en otras
 »fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba
 »muy sin discreción» (2). Y en el *Camino de perfec-*
ción, tratando de la cortesía, afirma: «Que se ha de
 »hacer el acatamiento (á cada cual) según el estado
 »que tiene, y conforme al uso» (3). Confirma esto
 »mismo más adelante y lo amplifica, exponiendo la
 »manera como sus Hijas han de tratar con los próji-
 »mos. Sus palabras son estas: «Ansí que, Hermanas,
 »todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios procurad
 »ser afables, y entender de manera con todas las per-
 »sonas que os trataren, *que amen vuestra conversación*
 »y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se
 »atemoricen y amedranten de la virtud. Á las religio-

(1) *Fundaciones*, cap. VII.(2) *Vida*, cap. III.(3) *Camino de perf.*, cap. XXII.

»sas, prosigue, importa mucho esto: mientras *más*
 »*santas. más conversables* con sus Hermanas; que,
 »aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas
 »todas como vos las querríades hablar, nunca os ex-
 »trañéis de ellas: y ansí aprovecharéis y seréis ama-
 »das; que mucho hemos de procurar ser afables y
 »agradar y contentar á las personas que tratamos, en
 »especial á nuestras Hermanas» (1). De la sencillez
 »afirma que «nunca tuvo ni cayó en el vicio de la hipo-
 »cresía» (2); de la gratitud «que era de condición muy
 »agradecida» (3), y que el agradecimiento la movía
 »más á sacrificarse por el Señor que no el temor de los
 »castigos; de la constancia, en fin, dice estas palabras:
 »«Era yo tan honrosa, que el determinarme á decir á
 »mis padres como quería ser monja, casi era como
 »tomar el hábito, pues me parece no tornara atrás por
 »ninguna manera, habiéndolo dicho una vez» (4).
 Basta esta breve reseña de las dotes naturales y caris-
 »mas sobrenaturales que adornaron su alma, para
 »entender cuál era la oculta mina donde tan ricos tesoro-
 »ros se encerraban. Sin entendimiento tan henchido
 »de luz, no hubiera descollado tanto por su sobriedad
 »y concisión; sin corazón tan apacible, no hubiera sido
 »tan amena y jovial. Más quisiera decir sobre el mérito
 »de los escritos á que me refero en esta primera
 »parte del discurso; pero el tiempo urge, y el campo
 »que aún nos queda por recorrer es muy dilatado.

(1) *Camino de perf.*, cap. XXII.(2) *Vida*, cap. VII.(3) *Vida*, cap. XXXV.(4) *Vida*, cap. IV.

Hora es ya de que apartemos los ojos de las fértiles llanuras del ascetismo, para volverlos á las floridas y no menos fértiles praderas del misticismo Teresiano.

26. Al llegar aquí fuera mejor romper la pluma y dejar hablar á la inspirada escritora. Campeara así mejor su inteligencia varonil en las valientes pinceladas con que pinta las transformaciones del espíritu bajo la acción de la omnipotencia divina; su imaginación fresca y lozana, en las brillantes descripciones con que enriquece este viaje á las regiones de la psicología sobrenatural; su viveza femenil, en los símiles de inimitable delicadeza con que esmalta investigaciones tan abstrusas; su genial festivo, en el gracejo y nativo candor que respiran todas sus páginas: mas ya que la naturaleza de estos apuntes no me permita dar cabida en ellos á tan extenso trabajo, procuraré por lo menos bosquejar tan grandiosa creación, hablando con sus mismas palabras en cuanto me fuere posible. Ni me es dado hacer otra cosa, si bien se mira, dada mi inexperiencia en tales materias. Porque, si la Santa Madre, al llegar á esta región de lo sobrenatural, confiesa que es dificultosísimo el dar á entender lo que el alma siente, y esto, después de haber navegado por espacio de veinte años en aquel mar de luz y de ventura, ¿qué harán los que, como yo, nada han probado ni visto de tales cosas, sino que hablan siempre como de oídas? Aquí la mano tiembla al trazar sobre el papel tan asombrosos conceptos, y la lengua tartamudea no acertando á arti-

cular sonidos de tan celestial armonía. El Espíritu Santo, á quien la humilde Carmelita se encomendó para revelar tan grandes misterios, unja mi pluma, á fin de que no tropiece y caiga miserablemente con daño propio y de los que me oyen.

27. Como preámbulo de todo lo que más adelante explana, define aquí la Seráfica Doctora, cuál es la diferencia que media entre contenidos naturales, y gustos ó sobrenaturales consuelos. Los primeros, dice, nacen de nuestro natural y acaban en Dios; los segundos nacen de Dios y redundan en el natural: aquellos son adquiridos, y como conquistados por el ejercicio de nuestras potencias, *ayudadas del auxilio divino*; y, como nacen de la misma obra virtuosa, parece que los ganamos con nuestro trabajo: mas estos son producidos inmediata y exclusivamente por Dios en el alma, con grandísima paz y quietud, sin que las potencias intervengan en ello con su actividad propia (1). Desentrañemos más esta idea. Así como en las cosas humanas y negocios ordinarios de la vida, siente el alma consuelo por los sucesos prósperos, como sucede en el adquirir una grande hacienda que de presto é inesperadamente se provee, ó en el éxito de un negocio enmarañado; y así como la esposa, ó la madre, ó la hermana, derraman lágrimas de alegría al contemplar vivo y en su presencia al esposo, hijo ó hermano que creían muerto; así también acontece en las cosas espirituales, que el alma, sobre todo

(1) Mor. 4.^a, cap. I.

cuando es de su natural tierna y compasiva, se derrite á veces en llanto al recordar los dolores y angustias de Cristo en la Pasión, ó bien al entender la fealdad y malicia de los pecados con que ofendió á su Dios y Señor. El sólo discurrir con el entendimiento sobre estas cosas, es motivo del consuelo que experimenta en medio del mismo quebrantamiento del corazón; de manera, que el tal consuelo y deleite espiritual, puede llamarse obra suya por adquirirlos con cansancio de sus facultades intelectuales y ayudándose de las criaturas en la meditación: pero los consuelos ó gustos sobrenaturales vienen únicamente de Dios, sin cansancio del alma, antes con gran quietud de las potencias, que nada hacen sino recibir el dón con que Dios las regala. Ambos linajes de consuelos causan deleite; mas los primeros «no ensanchan el corazón, sino que »por ir envueltos con nuestras pasiones (es decir, con »la ternura natural), aprietan un poco y traen consigo »unas lágrimas penosas y unos alborotos de sollozos »que acongojan el alma. Y aun á personas he oido, »añade la Santa, que se les aprieta el pecho, y vienen »á movimientos exteriores; que no se pueden ir á la »mano: y es la fuerza de manera, que les hace salir »sangre de las narices y cosas así penosas (1). No tal »los segundos, que ensanchan el alma, la cual parece »que se va dilatando, produciéndose en ella bienes que »no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender »qué es lo que se da allí» (2). Cual si esta clarísima y

(1) Mor. 4.^a, cap. II.

(2) Mor. 4.^a, cap. II.

profunda declaración no bastase, ved ahora la sencilla y por todo extremo galana comparación con que termina. «Hagamos cuenta que vemos dos fuentes con »dos pilas que se hinchen de agua... de diferentes »maneras. Al un pilón, viene el agua de más lejos, por »muchos arcaduces y artificio: el otro está hecho en el »mismo nacimiento del agua, y váse henchiendo sin »ningún ruido; y si el manantial (es) caudaloso, como »este de que hablamos, despues de henchido este »pilón precede un gran arroyo..., y siempre está ma- »nando agua de allí. Es la diferencia, que la que viene »por arcaduces, es, á mi parecer, los contentos que »tengo dicho que se sacan con la meditación...; y co- »mo viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido »cuando ha de haber algún henchimiento de provechos »que hace en el alma. Estotra fuente, viene el agua »de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como »Su Majestad quiere, cuando es servido, producir al- »guna merced sobrenatural, produce con grandísima »paz y quietud y suavidad de lo más interior de nos- »otros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo» (1).

Supuesta esta explicación y allanado ya el camino para la inteligencia de los secretos misterios del orden sobrenatural, comienza á iniciarnos en estos mismos misterios con la descripción de la oración de recogimiento, que no es sino disposición para la de quietud.

28. *Moradas cuartas.*—*Oración de recogimiento y de quietud.*—Estas dos maneras de oración están

(1) Mor. 4.^a, cap. II.

confundidas en la *Vida*, y pertenecen al segundo modo de sacar agua que allí expone (1); pero en el *Camino de perfección* y en las *Moradas* las distingue perfectamente, y de ambos tratados está tomada la doctrina que aquí damos en compendio. Consiste la primera, no precisamente «en estar en oscuro, ni en cerrar los ojos, ni en cosa exterior alguna, puesto que sin quererlo se hace esto de buscar soledad...» Parece que los sentidos van perdiendo su derecho, «á fin de que el alma vaya cobrando el suyo que tenía perdido...» Hagamos cuenta para formarnos alguna idea de lo que esto es «que estos sentidos y potencias, es decir, la gente habitadora de este Castillo, se han ido fuera y andan con gente extraña y enemiga del bien del alma días y años; y que ya se han ido, viéndose su perdición, acercando á él, aunque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores y andan alrededor. Vista ya (por) el gran Rey que está en la Morada de este Castillo su buena voluntad, por su gran misericordia quiere los tornar á él, y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á Su Majestad; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que andan enajenados y métense en el Castillo» (2). No vaya á creer el que esta merced recibe que la obtiene por esfuerzo del

(1) *Vida*, cap. XIV.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

entendimiento, «procurando pensar dentro de sí á Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí, pues á veces antes de que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el Castillo: que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oídos, pues no se oye nada, cuando siéntese notablemente un encogimiento suave á lo interior, como lo verá quien pase por ello. Sucede al alma lo que á un erizo ó tortuga cuando se retiran hacia sí, con la diferencia de que estos animales se retiran y encogen cuando quieren; pero esta oración no está en nuestro querer, sino cuando á Dios le place hacerse cernos esta merced, y siéntese un fortalecerse y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él» (1). La meditación y ejercicio de las potencias no debe cesar aquí, sino que, por el contrario, deben actuarse; «que, pues Dios nos las dió para que con ellas trabajásemos, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor» (2), (introduciéndolas en otras Moradas más interiores). Tanto más que, si Su Majestad no ha empezado á embeber al alma, toda

(1) Mor. 4.^a, cap. III.

(2) Mor. 4.^a, cap. III. Obsérvese en estas palabras de la Santa la oposición de su doctrina con la de Molinos; pues, según este último, el alma de tal modo debe darse á la contemplación, que las potencias nada obren, sino que deben esperar en un *quietismo absoluto* el influjo de la acción divina; al paso que la Santa Madre, no sólo aconseja, sino que manda trabajar con ellas, pues no deben estar ociosas, como dice más adelante, sino cuando el Señor las imposibilita para obrar.

fuerza que queramos hacer á nuestro cuerpo, como sería tener el huelgo, ó á las potencias del alma para que nada obren, sería inútil; pues los gustos de Dios no están ligados á esas cosas, sino que vienen con paz y suavidad y, por otra parte, el mismo contener á las potencias para que en nada piensen, puede ser de más daño que provecho, porque se distraerá la imaginación con ese mismo querer no pensar en nada.

29. Esta oración de recogimiento, aunque es mucho menos perfecta que la de quietud, dispone muy apaciblemente para ella, y el que la tiene «no dejará de llegar á beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone al fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más. Estos están, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra: aquel rato hacen lo que pueden recogiendo sus sentidos» (1).

Mas ¿en qué consiste la oración de quietud y qué efectos produce en el alma? Consiste, responde la Santa, en aquel mismo ensanchamiento del espíritu que causan los gustos sobrenaturales antes descritos, los cuales, manando del interior de la misma, la dilatan, por decirlo así, «á manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa, que, mientras más agua manase, más grande se hi-

(1) *Camino de perf.*, cap. XXVIII.

»ciese (1). Siéntese una fragancia..., como si en aquel hondor interior estuviese un brasero, adonde se echasen olorosos perfumes. Ni se ve la lumbre, ni adonde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun á veces participa el cuerpo. Con esta suavidad y ensanchamiento ya no la aprieta ni encoge el temor del infierno; porque, aunque le queda mayor de ofender á Dios, el servil piérdese aquí, y queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo puede en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El que solía tener á los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fé, y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia, y aun algunas veces lo desea, porque queda una gran voluntad de hacer algo por Dios. En fin, en todas las virtudes queda mejorada» (2). Este contento y deleite no se siente como los de acá, ni nace del corazón, sino del centro mismo del alma; aunque luego «váse revertiendo por todas las potencias hasta llegar al cuerpo» y henchir el mismo corazón (3). El efecto de todo esto es que las potencias, aunque no se hallen unidas con Dios, están empero embebidas, mirando como espantadas qué es aquello, lo cual no obsta para que la imaginación ande á veces desbaratada, mientras las demás se hallan empleadas en Dios y recogidas con él. Así acon-

(1) Mor. 4.^a, cap. III.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. II.

tecía á la Santa cuando esto escribía, pues sentía «un
 »grande ruido en la cabeza, como si en ella tuviese
 »muchos ríos caudalosos, y, por otra parte, que de
 »estas aguas se despeñaban muchos pajarillos y sil-
 »bos, sin que toda esta baraunda le estorbase la ora-
 »ción ni escribir, sino que el alma se estaba muy
 »entera en su quietud, y amor, y deseos, y claro co-
 »nocimiento» (1). En tal coyuntura, termina, preciso
 es no hacer caso de la imaginación, ni que por los
 pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada; «que,
 »si los pone el demonio, cesará con esto, y si es,
 »como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado
 »de Adán, tengamos paciencia y sufrámoslo por
 »amor de Dios.» Así que «dejemos andar esta tara-
 »villa de molino y molamos nuestra harina, no dejando
 »de obrar (con) la voluntad y el entendimiento» (2).
 Y esto no con agudezas, buscando razones y orde-
 nando pláticas, «sino dejando las letras á un cabo y
 »poniendo unas pajitas con humildad para ayudar
 »á encender el fuego; pues mucha leña junta de ra-
 »zones muy doctas... le apagarían» (3).

30. *Moradas quintas.—Oración de unión.*—Hémos
 ya en un grado de perfección mucho más levantado,
 á que Dios por su infinita misericordia eleva, cuando
 le place, las almas escogidas, en quienes se determina
 á derramar la abundancia de sus dones. Tres grados
 de unión distingue la Santa Madre. El primero, me-

(1) Mor. 4.^a, cap. 1.

(2) Mor. 4.^a, cap. 1.

(3) *Vida*, cap. xv.

nos perfecto que los otros dos, es unión de sola la
 voluntad, la cual está gozando en mucha quietud de
 su Dios, mientras que el entendimiento y la memoria
 andan libres, de modo que pueden tratar negocios y
 entender en obras de caridad. Esta manera de unión,
 de la cual se habla en el *Camino de perfección*, capí-
 tulo XXXI, párrs. 8 y 9, está admirablemente des-
 crita, tanto aquí, como en el cap. XVII, párr. 3 de la
Vida. «Parece, dice en esta última, que esta oración
 »es todo uno con la de quietud antes expuesta; pero
 »es diferente, porque allí está el alma, que no se
 »querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio
 »santo de María; en esta oración también puede ser
 »Marta. Ansí que está casi obrando juntamente en
 »vida activa y contemplativa..., aunque no del todo
 »están señores de sí; y entienden bien que está la
 »mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estu-
 »viésemos hablando con uno, y por otra parte, nos
 »hablase otra persona, que ni bien estarémos en lo
 »uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy
 »claro, y da mucha satisfacción y contento cuando
 »se tiene, y es muy gran aparejo para que, en tenien-
 »do tiempo de soledad ó desocupación de negocios,
 »venga el alma á muy sosegada quietud.» Y en el
Camino de perfección la explica por este símil que
 la inspiró el Señor, estando en la misma oración, y
 cuadra mucho á la Santa, y le parece que lo da á en-
 tender. «Está el alma como un niño que aún mama,
 »cuando está á los pechos de su madre, y ella, sin
 »que él paladee, échale la leche en la boca para rega-
 »larle. Ansí es acá, que sin trabajo del entendimiento

»está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin
 »pensar, lo entienda que está con él, y que sólo trague
 »la leche que Su Majestad le pone en la boca, y goce
 »de aquella suavidad, que conozca le está el Señor
 »haciendo esta merced y se goce de gozarla. Mas no
 »quiera entender cómo la goza y qué es lo que goza,
 »sino descúidese entonces de sí, que sé, quien está
 »cabe de ella, no se descuidará de ver lo que le con-
 »viene. Porque, si va á pelear con el entendimiento
 »para darle parte trayéndole consigo, no puede á
 »todo: forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde
 »aquel mantenimiento divino. En esto, prosigue la
 »Santa, se diferencia esta oración de cuando está toda
 »el alma unida con Dios, porque entonces aun sólo
 »este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí
 »lo halla, sin entender cómo le pone el Señor» (1).

31. Algo semejante á este último estado acaece
 en la segunda manera de unión, en la cual Dios se
 enseñoorea «de la voluntad y aun del entendimiento,
 »porque el alma no discurre, sino que está ocupada
 »gozando de Dios, como quien está mirando y ve
 »tanto, que no sabe hacia dónde mirar; uno por otro
 »se le pierde de vista, que no dará señas de cosa» (2).
 Pero la memoria y la imaginación quedan desembara-
 zadas, «y, como ellas se ven solas, es para alabar
 »á Dios la guerra que dan, y como procuran desaso-
 »segarlo todo» (3). El alma se deshace «por verse

(1) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

(2) *Vida*, cap. XVII.

(3) *Vida*, cap. XVII.

»junta adonde está la mayor parte y ser imposible,
 »sino que le dan tal guerra, que no la dejan valer;
 »mas, como faltan las otras potencias, no valen, aun
 »para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar.
 »Digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni
 »paran en un ser..., que no parecen sino destas ma-
 »ripositas de las noches, importunas y desasosega-
 »das... En extremo me parece le viene al propio esta
 »comparación, porque, aunque no tienen fuerza para
 »hacer ningún mal, importunan á los que las ven.» El
 remedio de todo esto, es el mismo que antes se dió
 en la oración de quietud, «no hacer caso de la ima-
 »ginación más que de un loco, sino dejarla con su
 »tema, que sólo Dios se la puede quitar» (1), ó, como
 dice en el *Camino de perfección*, «reirse de ella, y
 »dejarla para necia, y estarse en su quietud, que ella
 »irá y verná; mas, en fin, aquí es señora y poderosa
 »la voluntad» (2), mientras que la imaginación queda
 por esclava. «Hémosla de sufrir con paciencia como
 »hizo Jacob á Lía, porque harta merced nos hace el
 »Señor, que gocemos de Raquel.»

32. Finalmente, hay otra unión perfecta, que es
 como un dormirse todas las potencias, de manera que
 ni del todo se pierden ni entienden como obran. El
 gusto, y suavidad, y deleite, es en este linaje de ora-
 ción mayor que en la pasada: «es un glorioso desati-
 »no, es una celestial locura, adonde se aprende la

(1) *Vida*, cap. XVII.

(2) *Camino de perf.*, cap. XXXI.